

---

## CAPITULO XI

---

Invasión del central «Santa Lucía», por las partidas de Maceo y Miró.—Saqueo y pillaje.—Don José Cernada.—Su busca y persecución.—Registro y destrucción.—El cabecilla Miró.—Invasión y saqueo de la tienda.—Prisión de los dependientes Provenza y Empeador.—Fuerzas insurrectas y sus jefes.—El oficial de la guardia civil don Julio Pujol.—Saqueo de la tienda de don Felipe Alcalde.—Invasión del poblado de Fray Benito.—Saqueo y atropellos.—Detalles.

---



ON tan interesantes los detalles suministrados y relatados por testigos presenciales á nuestro corresponsal en Santiago de Cuba,—y que éste nos comunicó en carta muy posterior al suceso,—acerca del ataque y saqueo del central Santa Lucía y poblado de Fray Benito, jurisdicción de Holguín, por las partidas de Maceo y Miró el día 7 de Junio, que de intento hemos dejado su extensa narración para asunto de un capítulo.

A las cuatro de la tarde del citado día 7, penetraron al galope, machete y revolver en mano, en el referido central, unos mil hombres de caballería, á los que siguieron al poco rato otros quinientos al mando de los cabecillas Maceo y Miró, dando vivas á Cuba independiente.

En aquel momento se hallaba el vecino don José Cernada en el patio de su tienda.

Al oír el galope de los caballos y los gritos de los rebeldes apresuróse á penetrar en su establecimiento y ordenar á uno de sus dependientes, llamado Rafael Provenza, que sacara el dinero que había en caja y lo escondiera ó enterrara en sitio más seguro, á fin de librarlo de la rapacidad de los filibusteros.

Pero, ya era tarde; la calle y el corredor de la tienda estaban completamente llenos de insurrectos y no había ni tiempo para abrir la caja.

Entonces dió orden á su dependiente para que les entregase lo que pidieran y volvióse al patio, en el que habían entrado ya unos cincuenta *mambises*, que se apoderaron de un caballo.



CABECILLA MACHADO

En aquél momento entró en la tienda un oficial insurrecto llamado Pablo Oliva, blandiendo el machete y preguntando por el señor Cernada, en cuya busca precipitóse á lo alto de la casa.

El señor Cernada, temeroso de algún atropello por parte de aquellos vándalos, al enterarse de que lo buscaban, saltó al patio de una panadería contigua con el objeto de dirigirse á buscar refugio en el fuerte; pero no le fué posible por estar las calles y los patios invadidos ya por los separatistas.

Entonces una mujer lo escondió en su casa, permaneciendo oculto hasta la oración, en que los invasores abandonaron el central.

\* \* \*

Mientras ocurría esto en la tienda del señor Cernada y éste se salvaba de la persecución de Pablo Oliva, llegó Maceo á la puerta del establecimiento y colocó una guardia de diez oficiales para que nadie entrara y evitaran desmanes.

Los oficiales pidieron algunas vituallas en buena forma, y Maceo dijo al dependiente Provenza que le entregara las armas que el señor Cernada había traído para los voluntarios.

Provenza contestó al jefe filibustero, que si bien su amo había recibido la orden de explorar la voluntad de sus dependientes y vecinos del central acerca de los que quisieran apuntarse como voluntarios, como quiera que no hubo ninguno que manifestara deseos de cojer las armas, éstas habían quedado en Gibara.

Insistió Maceo en su intimación, y como no se les entregara porque, en efecto, no las había, ordenó un registro general en la casa, que comenzaron á practicar sus oficiales, retirándose él.

En aquel momento llegó el cabecilla Miró y mandó al dependiente que abriera la caja de caudales, apoderándose de la plata y oro que en ella había y rasgando los documentos que guardaba.

Salió Miró con su botín y entró el titulado *brigadier* Luis Feria, quien después de saludar al dependiente Provenza, pidióle un par de zapatos y un mazo de tabacos, que éste le entregó.

Feria entró luego en el establecimiento á poner orden entre los suyos, al ver lo cual el referido dependiente pidióle que hiciera el favor de subir á lo alto de la casa, pues el señor Cernada tenía en un ar-

ario la ropa y prendas de su difunta esposa, que conservaba como oro en paño, y sus gentes lo iban á destrozar todo.

El jefe insurrecto subió y echó á fuera á unos cincuenta negros que había en las habitaciones altas, entregados al saqueo y á la destrucción, cerrando la puerta con llave y entregándola á Provenza.

Mas, al poco rato, subieron otros *mambises* y á culatazos hicieron saltar la cerradura de la puerta, invadiendo la habitación y comenzando otro nuevo saqueo.

Volvió á subir el *brigadier* Feria á poner orden entre aquellos bandidos, pero ya se habían apoderado de las ropas de Cernada y de la de las camas, aunque sin haber tocado el armario que conservaba las que habían pertenecido á la difunta esposa.

\* \* \*

Empero, muy pronto, y á pesar de la presencia del *brigadier*, se dió la voz de saqueo, que inició un desconocido, penetrando en la habitación y botando ropa de los armarios al suelo.

Entonces, un jefe desconocido se adelantó y dijo que tenía orden del general de disparar sobre el que tocara lo más mínimo.

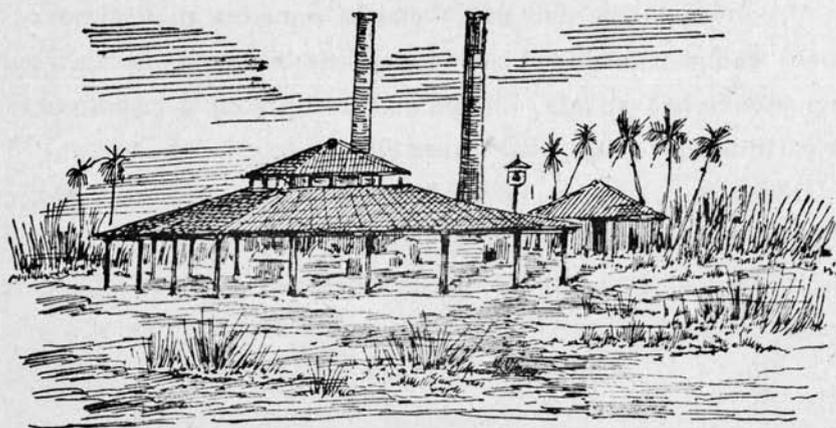
Los insurgentes obedecieron de momento la orden, pero á los cinco minutos se retiraron los jefes é invadida de nuevo la casa por otro numeroso grupo de *mambises* recomenzaron el saqueo con todo su furor.

En los aparadores de la tienda no quedó ni polvo, las vidrieras no se entretuvieron en abrirlas, sino que las rompieron á culatazos y machetazos destruyendo y haciendo añicos cuánto encerraban que no les sirviera y apoderándose de cuánto consideraban podía serles util. Cua-

dros, espejos, loza, cristal, tarros de perfumería y demás efectos que no les servía, los hicieron pedazos.

Dejaron la tienda completamente vacía y destrozada.

Consumada la hazaña, apareció un jefe á caballo, quién al ver la obra de destrucción de aquellos *libertadores* de Cuba emprendióla con ellos á planazos y bofetadas, arrojándolos fuera de la tienda y llamándolos bandidos.



CENTRAL SANTA LUCÍA

A los pocos instantes se presentó Maceo y mandó llamar á Rafael Provenza, encargado de la tienda del señor Cernada y á otro dependiente llamado Ramón Emperador, ordenando á sus secuaces que los prendieran y condujeran el poblado de Fray Benito.

Conducidos á pié entre la fuerza, durante el camino vieron caer á sus pies, muerto por los disparos de las tropas que guarnecían el fuerte, al *oficial* insurrecto Angel Bruzón, cuyo cadáver les obligaron á cargar en hombros hasta enterrarlo.

Llegados á Fray Benito, como á la una y media de la madrugada, les llevaron á presencia del *general* mulato, el cual les intimó á que declararan donde tenía su amo guardadas las armas de los voluntarios.

Contestaron ambos lo que habíanle ya manifestado en el central; y agregando que todo Guabajamey lo sabía.

Entonces Maceo les dijo que si era así, lo habían informado mal al asegurarle que las armas se hallaban escondidas en la tienda del central, y que sentía haberlos traído tan lejos á causa de haber tenido que hacer una marcha forzada.

Y, convencido de su engaño, mandó ponerles en libertad y que fueran acompañados por el jefe de día hasta la última guardia que tenía puesta en la avanzada, á fin de que no sufrieran la menor vejación por parte de sus fuerzas, como así se hizo.

De regreso al central, Provenza y Emperador, salvos y sanos, manifestaron que Maceo y los otros jefes les trataron muy bien y les hablaron con mucha amabilidad, sin haber sufrido el menor vejamen por parte de sus gentes.

\* \* \*

La misma suerte que á la casa y tienda del señor Cernada cupo á las de don Felipe Alcalde, don Manuel Vega, don Abalardo García y señor Matutana.

Las demás tiendecitas del central también sufrieron algo, pero como las existencias eran exiguas, no tuvieron las importantes pérdidas que lamentaron los otros.

Durante la invasión y saqueo del Central Santa Lucía cruzaron por dentro y fuera del poblado unos dos mil insurrectos. Al día siguiente,

á la una de la tarde, pasó por las afueras del pueblo el cabecilla Angel Guerra con otra partida numerosa de rebeldes.

Entre los cabecillas y jefes que estuvieron en Santa Lucía con Antonio Maceo, figuraban su hermano José, Miró, Luis de Feria, Massó, Villalón, Manana, un titulado coronel y otros.

El oficial de la guardia civil don Julio Pujol, se portó como un valiente, al tratar de desalogar del central, con las escasas fuerzas de que disponía, al enemigo, pues viendo que nada podían hacer desde el fuerte y que no era ostilizado, salió con ocho guardias y subió por una escalera de mano á una azotea de una casa contigua, desde la cual rompió nutrido fuego contra los invasores rebeldes. Lo mismo hizo un cabo con otros tres guardias desde una loma inmediata al fuerte.

Pero, los insurgentes, entregados al pillaje y al saqueo no contestaron á sus fuegos.

Así estuvieron hasta la oración, consiguiendo causarles algunas bajas, confesadas por los mismos insurrectos que fueron á buscar medicina á la botica del central, pero sin lograr su propósito de empeñar combate, ni su intento de que atacaran el fuerte.

\* \* \*

A consecuencia del saqueo de su tienda, por los que se levantaron en armas contra la madre patria para luchar por la libertad y hacer la felicidad de su país; por aquellos que en los diversos llamamientos buscando secuaces por medio de proclamas y manifiestos firmados por Martí, Máximo Gomez, Maceo y otros, aseguraban que respetarían vidas y haciendas, el honrado y antiguo vecino del central de Santa Lucía, don José Cernada, persona muy querida en toda la jurisdicción por su bondad de caracter y de sentimientos, quedó en la más comple-

ta ruína, y, como vulgarmente se dice, materialmente en la calle.

El peregrino sistema que de respetar las haciendas tienen los *ejércitos libertadores* de Cuba, lo hemos ido conociendo por los sucesivos saqueos llevados á cabo por los secuaces de Maceo y el *generalísimo* Gomez, y el de respetar las vidas no deja de ser más original aún, pues basta recordar los asesinatos de Cuevitas y lo ocurrido al propio señor Cernada que salvó milagrosamente la suya, escondiéndose, primero, en el último rincón de su casa, y saltando despues, á la contigua por un muro de poca altura, en la que una vecina le ocultó hasta que los *libertadores* abandonaron la población.



DON MÁXIMO MORA

El cabecilla José Miró, que para atreverse á realizar aquellas *hazañas* no le parecieron bastante sus *doscientos* hombres, á pesar de constarle que los fuertes de Santa Lucía sólo estaban defendidos por un puñado de españoles, y consideró conveniente y de necesidad ir en busca de Maceo y reunir varias partidas en número de *dos mil* hombres para invadir el referido central, fué quién mandó abrir las puertas de la tienda del señor Cernada, y colocándose en una de ellas, invitó á sus secuaces y á los filibusteros del poblado á que saquearan el establecimiento, diciendo con aire victorioso y sonrisa plutónica:

—«Estas fuerzas las manda José Miró, y como jefe les ordena el saqueo de esta tienda. Lo digo porque quiero que se sepa y llegue á oídos de *El Porvenir*, de Gibara, para que lo publique y continúe insultándome.»

\* \* \*

Mientras el grupo de *mambises* que mandaba Miró, invadía y saqueaba la tienda del señor Cernada, otro se entregaba igualmente al saqueo de la de don Felipe Alcalde.

Cuando hubiéronse apoderado de cuánto encontraron y consideraron útil y aprovechable en la tienda del señor Alcalde, se retiraron, volviendo poco despues un titulado capitán á decirle á su dueño, que le constaba que aún tenía más dinero y que le intimaba á que se lo entregase inmediatamente.

Así hubo de hacerlo el señor Alcalde ¡qué otro remedio le quedaba!, y el capitán bandolero se retiró con su botín.

Cinco minutos más tarde, y no contento aún con el despojo hecho al infeliz industrial, volvió á decirle:

—Señor Alcalde, me han dicho que tiene usted una jaca muy hermosa

—Le han engañado ¡usted, capitán, pues no tengo ya nada más de lo que me han llevado ustedes.

—No me lo niegue, porque me consta. Venga la jaca.

Los ojos del señor Alcalde despidieron un relámpago de ira, y despues de un momento de vacilación, exclamó con temblorosa voz:

—La jaca está en el patio; puede usted llevársela, pero sepan ustedes que si no fuera por esta mujer y estos hijos—señalando á su aterrada esposa y á dos espantados y hermosos muchachos que tenía á su

lado abrazados á sus piernas—esa jaca no la montaba nadie más que yo...

Y el capitán y su partida de bandoleros se llevaron las existencias de la tienda, el dinero, la jaca, y hasta la paciencia del desventurado señor Alcalde.

Antonio Maceo envió un recado al dueño del ingenio «Santa Lucía» don Rafael Sanchez, para que le extendiera un giro de *doscientos cincuenta mil pesos* sobre Nueva York; pero el señor Sanchez no recibió el recado porque estaba en el fuerte ó casa-cuartel de la guardia civil, á donde se había refugiado al aparecer los primeros insurrectos.

Entonces Maceo dió orden á su gente para que lo buscasen y prendiesen, y los negros encargados de ejecutar la orden de su general apresaron al primer maquinista del ingenio, que era un joven inglés de rubias patillas á quien dieron libertad más tarde, cuando otros negros del central que se habían incorporado á la partida dijeron que aquél no era don Rafaelito.

\* \* \*

Al abandonar los insurrectos el central de Santa Lucía, después de haber saqueado todas sus tiendas, se dirigieron al cercano poblado de Fray Benito.

Cerca de dos mil rebeldes al mando de Maceo, Miró, Sartorius y otros cabecillas invadieron el poblado.

Tampoco hostilizaron al pequeño destacamento que guarnecía el fuerte, á pesar de que, no obstante el escasisimo número de soldados que lo componía, comparado con el de las fuerzas insurrectas, aquellos valientes hicieron fuego contra estas causándolas una baja, que resultó ser un oficial de la escolta de Maceo, llamado Bruzón.

Al enterarse algunos vecinos del poblado de la presencia é invasión de los filibusteros, acudieron á refugiarse en el fuerte y juntamente con la tropa y los voluntarios, al mando de su capitán señor Muñoz, hicieron fuego contra los invasores.

Entre los vecinos que se refugiaron en el fuerte se encontraban el señor cura párroco, el jefe de la estación telegráfica, el alcalde y el maestro de escuela.

Las fuerzas rebeldes procuraron ponerse á cubierto del fuego del fuerte y no contestaron á él, entregándose al pillaje y al saqueo de tiendas y bohíos.

Las tiendas de don Manuel Vega y don Eduardo Gonzalez fueron completamente saqueadas y destruidas.

A las tres de la madrugada siguiente abandonaron el poblado de Fray Benito, dirigiéndose al de Auras, que se encuentra en el término medio del camino de Gibara á Holguín.

Del central «Santa Lucía» y del poblado de Fray Benito reclutaron los insurrectos más de sesenta individuos, en su mayoría de la raza de color.

Aquel día llegaron á Holguín infinidad de familias procedentes de los pueblos atacados y de otros inmediatos á la vía férrea, huyendo de los atropellos de los *libertadores* de Cuba y poniendo á salvo de su rapacidad cuánto pudieron llevar consigo.

A uno de los fugitivos, llegado á Holguín la tarde de aquel mismo día, oyó referir nuestro citado corresponsal, mientras comía en una fonda—café donde por casualidad se encontraba, los siguientes detalles relativos á los sucesos de Fray Benito.

«—Dependiente de un establecimiento que ha sido saqueado y completamente desmantelado por los invasores, fuí apresado y conducido por un grupo de negros á las afueras del poblado, donde me obligaron á ayudar á otros como yo á cargar con el cadáver de uno de ellos, que

dijeron ser un oficial de la escolta de Maceo, llamado Bruzón, á quien mataron las tropas del fuerte, y llevarlo á una larga distancia donde lo enterraron, poniéndome luego en libertad sin que afortunadamente durante el tiempo que estuve entre ellos me molestasen más que para llevar dicho cadáver.»

Agregó que el cabecilla Maceo durante el saqueo del poblado por



ATAQUE AL POBLADO DE VEGA ALTA

sus huestes, recorría á caballo la población intimando á su gente para que terminara pronto: que el *general* mulato iba completamente afeitado y vestía traje de rayadillo azul, y el cabecilla Miró traje de casimir claro, el cual mientras sus secuaces saqueaban y arrasaban la tienda del señor Vega, estuvo sentado sobre un barril presenciando la *hazaña*, chupando caramelos de goma y manifestando gran contento y alegría.

Del cabecilla Sartorius dijo que oyó pronunciar su nombre, pero no le vió, como tampoco á ninguno de los otros que dijeron figuraban



MÁXIMO GÓMEZ DANDO ORDENES ASUS SECUACES

en las fuerzas insurrectas. Estas, que iban mandadas por los tres cabecillas citados, reunían unos dos mil hombres perfectamente armados todos, contando entre sus armamentos gran número de Maüssers y dos cañones pequeños, uno de los cuales se decía que lo tenía enterrado Maceo en un sitio cerca de Victoria de las Tunas desde la pasada revolución.

Todos estos detalles, y otros de menor interés y sin importancia, circularon con ligeras variantes á raíz de los sucesos de Santa Lucía y Fray Benito, entre los habitantes refugiados en Holguín.

